

Elaborado por: Giovanni Beluche V.*

Educación y sociedad

La sociedad capitalista ha perdido el sentido de la vida (si es que alguna vez lo tuvo), todo se convierte en mercancía, no importa el valor de uso sino el valor de cambio. Tiene mérito lo que genera ganancias, de las que se apropia un grupo cada vez más reducido de grandes corporaciones. El ser humano, la naturaleza, la vida misma son medios de producción. Al modelo de acumulación vigente le es inherente generar pobreza material, desigualdad, exclusión social, deterioro ambiental; el planeta se encuentra en grave riesgo de colapsar, la humanidad entera enfrenta el desafío de superar este modelo o caer en la barbarie.

La educación universitaria no puede dar la espalda a una realidad que afecta la vida de millones de personas en el mundo, a nuestras comunidades, a nuestros centros educativos, a las políticas públicas en educación, a nuestros co-aprendientes y sus familias y a nosotros mismos. Como colectivos humanos repensemos los procesos formativos para que podamos comprender los cambios estructurales que deben generarse para lograr más equidad, justicia, compromiso y bienestar social-espiritual-material. Es fundamental reconocer los cambios sociales y personales que debemos autogenerar para que la vida sea una experiencia asumida de manera religada, interdependiente y comprometida con el afecto. Cambios que procuren la equidad de género, el respeto a todo tipo de diversidad humana, mayor expresividad, más libertad en el ejercicio del placer, más solidarios en las relaciones familiares y comunitarias.

Repensar el proceso formativo

Además de la formación técnica – profesional, es urgente educar para la vida, que nuestros

estudiantes aprendan a querer su cuerpo-espíritu, para no enfermarlo con tanta sustancia nociva y energía negativa que se venden como estilos de vida exitosos. Frente al consumismo e individualismo imperantes, aprender a disfrutar la compañía tanto como la soledad-silencios, las bellas artes, la sonrisa de los viejos, la brisa, el canto de las aves, el brillo de las estrellas, la imponentia del sol, la ternura de nuestra Patria-tierra, expresada en la gestación de la vida. Es grave cuando una sociedad basa sus criterios de felicidad en la compra de la pantalla plana o el teléfono de última generación.

La gran interrogante es ¿cómo formar esos profesionales para lograr una transformación social y personal?, quizá la bio-pedagogía brinde elementos para repensar el proceso formativo en las universidades. Reflexión que debe partir del análisis de qué proyecto de sociedad necesitamos para una vida digna, justa y equilibrada para todas y todos; y, por consiguiente, cuál es el tipo de educación necesaria para construir semejante proyecto.

La bio-pedagogía es el proceso de aprendizaje que ocurre en la vida natural; la tierra como célula

La bio-pedagogía invita a proponer cambios para que los aprendizajes en las universidades se inspiren más en los procesos de vida natural y no únicamente en los ambientes racionales, poco cálidos y alejados de la vida cotidiana; retomemos la idea de que la ternura y la pedagogía crítica estén presentes en el proceso formativo. Para que la experiencia sea significativa para los aprendientes, es menester que la actividad universitaria se vincule y comprometa con la realidad, que aporte conocimientos, compromisos y acciones estratégicas para generar transformaciones.

Pensamiento crítico y aprendizaje significativo

La universidad pública no puede dedicarse exclusivamente a generar conocimientos y mano de obra calificada. Debe gestar espacios de pensamiento crítico y acción política (intervenir sobre la realidad para transformarla), para generar calidad de vida comunitaria, solidaria, libre y soberana para decidir qué, por qué y cómo se desea vivir. Decidir libremente implica hacerlo sin la presión del hambre y las privaciones materiales.

El aprendizaje es un proceso natural, que es parte de la vida misma. La pauta para aprender

de forma significativa proviene de la vida, de ahí que las personas aprendamos por fuera del sistema educativo formal. Pero es en la instancia educativa donde de manera consciente se deben crear experiencias de aprendizaje. Sea en la escuela, la universidad o en otros espacios, “la actividad de la inteligencia está entrelazada de emociones” (Maturana). Como educadores nos corresponde generar experiencias de aprendizaje, para que las personas tengan capacidad de aprender en todo espacio y momento, sin nuestra presencia.

Si bien el aprendizaje tiene que ver con el plano cognitivo, el mismo interactúa con las dimensiones sensoriales, emotivas, que dan significado a la vida de las personas. Por eso el ambiente de aprendizaje debe procurar constituirse en “nichos vitales”, en los que la y el estudiante se sienta cómodo, donde le guste estar, sentirse seguro, confortable, protegido, respetado, reconocido, querido, valorado. Vale preguntarse si nuestras aulas no parecen más bien “espacios de muerte”, donde la y el alumno se siente amenazado, disminuido, violentado.

Construir comunidades de aprendientes

Nuevos escenarios de aprendizaje y nuevas propuestas pedagógicas basadas en la ternura y el pensamiento crítico, propiciarán la superación de la relación docente – estudiante hacia la constitución de comunidades de aprendientes. La ética del bien común, las manifestaciones de afecto y el deseo de aprender colectivamente pueden generar transformaciones profundas en los espacios educativos formales. La enseñanza dejará de ser exclusivamente fuente de información, dando paso a la educación para la solidaridad. El conocimiento se favorece si de algún modo tiene relación con el placer. No sólo se estimulará el pensar, sino el sentir, favoreciendo la formación de ciudadanos y ciudadanas capaces de comprender y transformar la realidad desde su senti-pensar.

Esta forma de entender la educación debería acercarnos a las cosmovisiones de los pueblos andinos, que han denominado el Buen Vivir o Vivir Bien (Suma Qamaña o Sumak Kawsay), en las que el centro de todo es la vida, desplazando así las concepciones antropocéntricas prevalecientes en las culturas modernas occidentales. Si la nueva pedagogía promueve el encuentro entre los procesos cognitivos y los vitales, el reordenamiento de la vida social debería estar en función de la ternura y la creatividad. Para Maturana el bienestar es la sensación de estar en coherencia con las circunstancias, no significa acumular posesiones. Para los andinos el Buen Vivir es un estado comunitario, no sólo individual.

Educación para el trabajo y para la vida

Mientras que los enfoques tradicionales focalizan la educación en la dimensión cognitiva (adquisición de conocimientos), la pedagogía de la ternura se ocupa del proceso educativo y del cambio social, fomenta el valor de la cooperación frente al de la competencia. Estimula, además de los conocimientos, la autoaceptación (no autoestima que es opinión), autoconfianza, autoregulación (expectativas y exigencias), capacidad de escucha, habilidades sociales, sensibilidad, compromiso social. Contrario a lo que argumentan sus detractores, la nueva pedagogía contribuye a formar capacidades requeridas por los empleadores en el contexto actual: inteligencia emocional, capacidad emprendedora, innovación, trabajo en equipo, calidad y productividad.

El mayor reto radica no tanto en definir por qué necesitamos una nueva propuesta pedagógica y en qué consiste, sino en los cómo implementarla. Ayudaría preguntarnos ¿Por qué si lo único que necesitan los seres vivos para aprender es estar vivos, nuestros co-aprendientes (estudiantes) no están aprendiendo holísticamente?

*El autor es sociólogo y profesor universitario.